

El tribunal volvió á entrar en sesion, y el presidente pronunció una sentencia condenando á Marsilly á seis años de encierro y á ser puesto á la vergüenza por haber hecho circular monedas de 5 francos adulteradas.

Conducido de nuevo á la cárcel, escribió una protesta de la sentencia: la nueva justicia tenia al menos el mérito de conceder el beneficio de la apelacion.

La nueva de esta condena dió el golpe de gracia, (mortal) á la pobre Ana. Esta iba consumiéndose rápidamente en una cama en el hospital; pero su idea fija era de volver á su marido la energía que el decreto del 10 de noviembre habia amortiguado en parte. Escribióle una carta, en la cual es fácil reconocer los verdaderos sentimientos del alma, cuando esta se halla próxima á separarse del cuerpo, al lado de otros menos nobles, falsos, y que la eran familiares hacia un cuanto tiempo:—Amigo mio, le dice, es preciso que *crystalicemos* nuestra alma contra la descomposicion que nos amenaza. Cuando la *Parca* ha dejado de hilar la existencia de alguno, no hay nadie en el mundo que pueda prolongarla. Pero esta jerga no puede sostenerse largo tiempo contra el cariño vivo y sencillo que tiene aquella mujer á su compañero de aventuras.—¡Ah! prosigue diciendo. Si mi existencia dependiera de tí, aun á costa de la tuya propia, ¡cuán grande seria mi seguridad! Pero amigo mio, no es esto; yo no debo atender ahora mas que á morir todo lo mas cristianamente que me sea posible; si se me permitiera estar á tu lado para dulcificar un poco tus penas, ademas de un deber, seria esto para mí un gran consuelo.

»No sé si me engaño, pero me parece que el hombre que ha sabido querer hasta el último momento á su compañera de infortunios y de locuras, no puede ser un ente envilecido por el crimen que se le imputa.

»Olvidemos lo pasado; tu sentencia no será confirmada en París; allí te juzgarán unos hombres probos y honrados, y te defenderás tú mismo; júramelo asi la primera vez que nos veamos, y quedaré mas tranquila sobre este punto. Yo hago poco caso de la justicia de Argel, que es un crimen continuado. ¡Pero por Dios, que no te sentencien en Francia! ¡Aquel es el mas hermoso país del mundo! ¡Qué satisfecha estoy yo de ser francesa! ¡Pero me olvido de mi asunto principal! ¡ten conformidad con tu suerte, amigo mio, y resígnate á la voluntad del Señor!

Tambien escribió Ana desde la cama á M. Laurence para pedirle la última gracia, ver á su marido alguna vez antes de morir, y poderse despedir de él en sus últimos momentos.

Pero aun no habian concluido para Marsilly las aventuras peligrosas. El 21 de noviembre, y estando ocupado en escribir, cuatro presos, de los que uno era escapado del presidio de Tolon, le acometieron de pronto. Defendióse con mucho valor, aunque habia recibido una herida en la cabeza; por fortuna, acudieron los carceleros al ruido, y le libraron de sus enemigos. Marsilly escribió en seguida carta sobre carta al comisario del distrito, al juez instructor y

al procurador general. Sin duda aquellos señores no vieron en este incidente sino una disputa causada quizá por el carácter provocativo de Marsilly, asi es que no se atendió á su queja, lo cual les confirmó á cuatro aventureros en la estraña idea de que el procurador general, era quien habia dispuesto aquel lance.

El 1.º de diciembre, la pobre Ana entregó su alma en manos del Criador despues de una vida azarosa. Marsilly obtuvo aquella mañana verla un momento, pero por mas que hizo, no pudo conseguir que se le permitiera cerrarla los ojos. La moribunda se quedó sola con el sacerdote que le auxiliaba, y á Marsilly se le arrancó de allí á viva fuerza; el infeliz aullaba de dolor.

El dia antes la pobre víctima, pues puede llamársela asi, en razon á que si hubiera dado con otro marido no se habria exaltado su cabeza hasta el punto de costarla la vida esta exaltacion; la pobre víctima escribió la última carta á su marido, encargándole entre otras cosas que la comprara un crucifijo que costara 15 sueldos (3 reales) ni mas ni menos, y que se lo pusiese al cuello despues de muerta, sujeto con la cinta negra que llevaba en el reloj. Luego disponia de algunos efectos y concluia rogando á su marido que fuera él mismo quien la colocara en el ataud.

Preveníale ademas que cuando pudiera hacerlo, sin inconveniente, mandara trasladar sus restos mortales á Francia, y que todos los años el dia aniversario de su muerte se celebrará una misa en sufragio de su alma, á la que habia de asistir él solo, ó cuando mas, la familia de ambos.

Despues de la primera esplosion de dolor, Marsilly volvió muy pronto á caer en los mismos defectos de siempre, empezando por escribir á M. Laurence la original carta siguiente:

«2 de diciembre á las siete de la mañana.

»Caballero:

»Mad. de Marsilly estaba desauiciada desde ayer tarde, y su mas ardiente deseo era, que yo colocase por mí mismo su cadáver en el ataud que se habia mandado hacer antes de morir. *Los enemigos en el campo de batalla suspenden el furor de los combatientes para enterrar á los muertos.* ¡Que pueda yo al menos cumplir con mi desgraciada esposa este triste y doloroso deber!

»L. DE MARSILLY.»

Como el procurador general no veia aquí ni enemigo ni armisticio, sino á un hombre sentenciado á seis años de reclusion, no accedió á la súplica. Esta negativa exasperó á Marsilly, que desde entonces vivió en un estado de irritacion continua. El carcelero, á quien él no escasearia sin duda los epítetos mas insultantes no quiso darle una mesa, y hasta le quitó una tabla que se habia arreglado en forma de pupitre. Marsilly lucha por conservarla; el carcelero llama á diez soldados de la guardia, que se apoderan de nuestro aventurero y lo llevan á un calabozo hú-